

MEMORANDUM SOBRE AMERICA LATINA

Enrique GONZALEZ PEDRERO

En fecha reciente visité algunos países significativos de Latinoamérica: Colombia, Perú, Argentina, Brasil y Venezuela. Las que siguen son algunas de las impresiones que recogí en ellos y que, para sintetizar, anoto empleando el estilo conciso del Memorándum.

Primero

En todos los países visitados hay una profunda preocupación por las dificultades que ha impuesto el deterioro económico. Pienso, en especial, en el desplome del poder adquisitivo y en la inflación como los dos efectos más sensibles de una crisis ya muy prolongada y dolorosa. Para la mayoría de la gente no hay soluciones cercanas a estos problemas, de modo que una especie de disgusto permanente cuando no de desesperación popular está a la orden del día. Los estallidos sociales en Caracas y en Argentina han sido, en este sentido, ejemplos típicos: la gente salió a

la calle en respuesta a los anuncios de nuevos ajustes, que representaban un mayor sacrificio en la vida de todos los días y no ofrecían, en cambio, un límite preciso al proceso de desgaste ya por sí mismo excesivo.

En todas partes se tiene la impresión de que las medidas que se han ido tomando son circunstanciales y deberán ceder el paso, eventualmente, a otras medidas igualmente circunstanciales y así sucesivamente. En consecuencia, hay tanta desconfianza sobre los asuntos que tienen que ver con la economía como con aquellos que tienen que ver con la política en gene-

***Hay tanta desconfianza
sobre los asuntos que
tienen que ver con la
economía como con
aquellos que tienen que
ver con la política.***

ral. Economía que, para el común de los mortales, quiere decir escasez y ahorro forzoso, penuria en una palabra. Política, que se entiende a su vez como maniobra, mala fe, deshonestidad.

Por otro lado, las opiniones sobre los motivos de la pobreza están tan estrechamente relacionadas con la dependencia del exterior, que las propuestas manejadas para superar la crisis no ponen el acento en el regreso al esfuerzo y a la producción nacional: todo se espera de la solución a la deuda externa y de la comprensión de los acreedores, y poco de esquemas propios que busquen estimular la creación de productos para la exportación. De ahí, también, el desaliento que han producido los programas recientes, ajenos a la tradición nacionalista que ha prevalecido en esos países. Hay, pues, un sentimiento generalizado de frustración y de incertidumbre sobre el futuro, en medio de opiniones muy diversas acerca de las soluciones inmediatas. Es obvio, también, el temor de los gobiernos a tomar medidas más duras, que harían más profundo el sentimiento de rechazo manifiesto entre la sociedad.

Aquí y allá aflora espontáneamente la sensación de desconfianza, agravada por los contrastes sociales que la crisis ha profundizado. Esto se percibe en Venezuela —país en el que, además, ocurrieron fenómenos de especulación financiera ligados a la corrupción del sistema de cambios

preferenciales—, en el Perú, en la Argentina —antes del cambio de gobierno—, en Colombia y en el Brasil —en donde la principal campaña por la Presidencia de la República está montada en una especie de rechazo abierto al pasado inmediato, como si fuera un bloque que pudiera desecharse por completo.

El de Chile es un caso diferente: me dicen que se comparte cierto orgullo por la estabilidad monetaria que se ha logrado en los últimos años. Pero no deja de existir la conciencia de que su costo ha sido el de la libertad limitada, hasta hace muy poco tiempo, por los rigores de la dictadura. Parece, también, que esa estabilidad ha propiciado nuevos fenómenos de concentración del ingreso, lo que hace vulnerable el esquema seguido ante la inminencia de un cambio político.

La *desconfianza* es, pues, a un tiempo, el producto de la debilidad financiera de Sudamérica y la causa que impide una salida eficaz de la crisis.

Segundo

El deterioro económico ha puesto en tela de juicio el papel del Gobierno en su conjunto. No existen plantamientos políticos capaces de respaldar una acción concertada que ponga freno a la crisis, porque la gente se ha rebelado —con diferentes medios y grados de intensidad— en contra de las clases políticas nacionales, a las que atribuyen la responsabilidad de los problemas actuales.

La manifestación más evidente de esa actitud ha sido buscar el cambio de los dirigentes. Son los últimos dirigentes los que han cargado con el peso político de las dificultades acumuladas, como si ellos fueran los responsables de *todo* lo ocurrido. Me parecen notables, al respecto, los casos de Venezuela y de Argentina, en los que las votaciones favorecieron a los representantes de un pasado (con auge) que

se ha perdido, La violenta reacción del pueblo venezolano a las primeras medidas adoptadas por Carlos Andrés Pérez hablan más de la frustración popular ante la realidad, que de una censura a la persona del Presidente. Se esperaba que el líder de los setenta hiciera posible el milagro de volver actual el pasado. Pero, como todos sabemos, la necesidad económica se impuso y la respuesta inmediata del pueblo fue la agresión .

En Argentina, la vuelta al peronismo obedece a un razonamiento similar y también, tal vez, al desaliento que causaron las primeras designaciones ministeriales de Carlos Menem, en quien —dicho sea de paso— se habían depositado esperanzas notoriamente excesivas. No sería remoto que el nuevo gobierno argentino deba afrontar en el futuro próximo estallidos sociales, como los que apresuraron la salida del presidente Alfonsín, pues el desánimo popular está exigiendo respuestas en plazos prácticamente imposibles de satisfacer.

Ese rechazo a la debilidad actual del Estado ha cobrado formas orgánicas en el Perú y en Colombia. El caso peruano, en particular, es muy complejo: está llegando al extremo de que la gente se pregunte con seriedad sobre el destino del gobierno como forma superior de organización social. ¿Para qué sirve un gobierno que no puede garantizar una convivencia tranquila y pacífica como una de sus primeras tareas? La guerrilla armada —Sendero Luminoso— ha crecido sensiblemente y controla una parte amplia del territorio nacional (se habla del 40%, del cual un 20% sería de control directo y un 20% indirecto). Pero lo más grave es que los «senderistas» no ofrecen una opción de gobierno, sino la destrucción del concepto de la autoridad. No son *polpotianos*, es decir, partidarios del predominio de la sociedad rural sobre la urbana, sino anarquistas en el extremo: piensan en la necesidad de incendiar el Estado, con la espe-

En Perú la gente se pregunta sobre el destino del gobierno como forma superior de organización social.

ranza de que todo renazca sin la corrupción del poder de unos cuantos. Alguien, desesperado, me dijo: «lo que hace falta en el Perú no es más política (en el sentido de politiquería) sino moral y educación. De la política estamos hartos...»

El gobierno peruano, por su parte, se debilita a medida que pasa el tiempo, mientras que la alternativa de oposición, representada por Mario Vargas Llosa, ofrece un salto cualitativo hacia el desarrollo con libertad, muy interesante pero poco probable —me parece— en un país carente de infraestructura. Por eso la propuesta de Vargas Llosa, que de momento correrá con éxito, hace pensar en un proceso de desaliento futuro, mucho más peligroso dada la inconsistencia del Estado que habrá de afrontarlo. Pero el proceso todavía tomará tiempo.

La guerrilla colombiana, por su parte, tiene implicaciones más complejas por sus posibles vínculos con la producción y el tráfico de drogas. Se trata de un movimiento menos extendido que el de Perú, pero más articulado. En su versión política, no se oponen a la existencia del Estado sino a su orientación. Y su fuerza radica en las redes poco visibles que han creado con la parte oculta de la economía colombiana, así como en su presencia en el medio rural. Es difícil saber hasta qué punto la guerrilla se ha convertido en una especie de empresa altamente rentable, en demérito de sus demandas sociales. Pero, en todo caso, representa un obstáculo se-

Mientras no exista una sociedad civil fuerte no es posible arrojar por la borda a ese instrumento que es el Estado.

rio para la vida institucional de ese país, que está atrapado entre la sobrevivencia económica y la capacidad de ejercer un verdadero control en la vida política nacional.

Otra versión del reclamo a la forma en que se ha hecho la política es la del Brasil. Es éste, desde luego, un país mucho más denso en todos los sentidos y, sin embargo, la desconfianza en el modo en que se ha conducido su economía ha llevado a un discurso político-electoral de censura a la vida política que crece sin límites claros. Fernando Collor, el candidato que triunfará de seguir las cosas como van, es el vocero crítico del pueblo: critica a la burocracia, a los económicamente poderosos, al ejército, a los partidos, a prácticamente todos los factores de poder y esto, que en circunstancias normales sería insensato, no lo es en Brasil. ¿La prueba? Collor aventaja enormemente a Brizola y a los demás candidatos en las encuestas. ¿Por qué? Porque Collor está hablando el lenguaje que la gente quiere oír, ¿Cómo reaccionarán las fuerzas organizadas del país? Tienen varias opciones; la antidemocrática: el golpe, que sería una respuesta demasiado obvia. O la respuesta inteligente; el golpe suave: fortalecer al parlamento, a través de los partidos políticos —a los que Collor no sólo ha criticado sino trascendido—, para debilitar al futuro presidente y obligarlo así a negociar.

En Chile, finalmente, hay una gran esperanza de cambio, que habría de iniciar-

se desde la vigencia de la Constitución política. Se piensa que, al regresar a la democracia, habría que revisarlo todo de nuevo. Aunque en ese caso esté descontado el uso de la violencia e, inclusive, de las reformas demasiado apresuradas que podrían servir como pretexto para un nuevo golpe de Estado. La oposición civil de ese país busca un camino seguro para presionar de manera pacífica y persistente, pero la idea de revisar el papel del Estado, aunque sea por razones diferentes, no es menos importante que en los países vecinos.

El papel del Estado nacional parece estar, pues, en un proceso de transición. O, al menos, el de las estructuras que han permitido el crecimiento de la pobreza y de la corrupción. En todos los países visitados se comparte la misma inquietud sobre las futuras tareas del gobierno y sus vínculos con una *sociedad civil*, que ha sido en América Latina, como en México, más un concepto deseable tomado de las ideas del Occidente europeo que una realidad concreta.

Abro aquí un paréntesis para decir que no trato de señalar algo que parece ser más una moda que un modo esencial. Pienso, más bien, que en América Latina el Estado, aun con todas sus ineficiencias y lastres enormes, ha propiciado (y sustituido mientras falta) a la sociedad civil entendida a la manera occidental. Mientras no exista una sociedad civil fuerte no es posible arrojar por la borda a ese instrumento organizado y organizador que es el Estado. Hay que modernizarlo y perfeccionarlo: agilizarlo, pero no nulificarlo. Porque si el Estado se debilita al grado de sólo vegetar, América Latina se quedará no sólo sin posibilidad de sociedad civil, sino con un gobierno cada vez más vulnerable y a la merced de cualquier fuerza social por desorganizada que sea.

Por eso, aunque se sabe que algo ha

funcionado mal, no se acierta, tal vez, en la alternativa correcta.

Tercero

A pesar de la afinidad de problemas y de la conciencia en la necesidad de resolver el deterioro económico y el desprestigio del gobierno como unidad, no se palpa una verdadera conciencia tendente a encontrar soluciones comunes a Latinoamérica. Nadie descarta en teoría esa posibilidad, pero no hay iniciativas que parezcan reales para iniciar un esfuerzo serio de *integración*. La idea continental fluye fácilmente en los ámbitos académicos e intelectuales, pero se traba en el pragmatismo de la política inmediata. ¿Por qué? Porque teniendo orígenes semejantes (el imperio español), los movimientos de independencia de cada país latinoamericano le fueron dando a aquella comunidad de origen su propia fisonomía y peculiaridad. Así, comenzamos a vivir tiempos distintos. México, por ejemplo, siguió el método revolucionario para enfrentar y resolver problemas. Con ese método, Juárez autonomizó y nacionalizó al Estado, camino que, verbigracia, Colombia no siguió y los problemas que no resolvió persisten. Lo mismo ocurrió con la revolución mexicana, que asimiló y nacionalizó a la tierra y a los indígenas, mientras que Perú aún resiente, entre otros, ese gran problema.

Otro ejemplo: Argentina siempre se sintió una sociedad europea muy parecida, en el otro extremo del continente, a los Estados Unidos. En consecuencia, geográficamente formaba parte de América Latina, pero no social ni culturalmente hablando: por lo menos eso creían los argentinos. La realidad económica actual se ha encargado de demostrar que sí formaban parte de América Latina. Con estos ejemplos quiero decir, con la mayor claridad y brevedad posible que, a pesar de

En todos los países se comparte la misma inquietud sobre las futuras tareas del gobierno y su vínculo con la sociedad civil.

nuestros orígenes comunes, vivimos tiempos que son históricamente diferentes.

Me explico: América Latina, que debiera ser un espacio denso del mundo, es hoy, en cambio, un lado ligero, *leve* (para usar la palabra kunderiana de moda), «espiritual». Y, mientras, todo el planeta camina hacia la constelación de grandes conjuntos: los Estados Unidos, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Europa, China, la India, Australia, Canadá, la cuenca del Pacífico, Latinoamérica marcha al revés, hacia la pulverización. Vivimos a destiempo: estamos «desfasados» históricamente respecto del primer mundo y vivimos tiempos distintos respecto de nosotros mismos.

Este gran rompecabezas, que se originó con la dispersión del imperio español, no ha vuelto a recuperar el halo de grandeza que tuvo durante la colonia. Bolívar quiso juntar los pedazos del imperio hispano bajo el signo republicano, con un enorme sentido de generosidad y grandeza, con la fraternidad que puso en marcha ese motor inicial de la modernidad que fue la Revolución Francesa y, además, con una enorme videncia. Pero los latinoamericanos nos opusimos a Bolívar con una terquedad digna de mejor causa. Y, sin embargo, a pesar de todo, en aquella y en esta ocasión, Bolívar tenía razón.

Aunque la naturaleza de los problemas sea muy similar, sus alcances son distin-

***La idea continental fluye
fácilmente en los ámbitos
académicos e
intelectuales, pero se
traba en el pragmatismo
de la política inmediata.***

tos en cada país, y el modo de enfrentarlos tiene mucho que ver con los períodos políticos que en cada país se viven. Así, hay una especie de identidad de problemas y soluciones que, sin embargo, se manifiesta a destiempo y por ello obstaculiza cualquier tesis de integración. Las diferencias de matiz y de tiempos, que por ahora impiden un esfuerzo conjunto, sólo podrían eliminarse en los límites de la pobreza y del caos político. En ese momento —que tampoco puede descartarse— desaparecerían las fronteras en la defensa común de la mera sobrevivencia. Antes de ese extremo, teórico pero probable, la integración, con todo lo utópico que parezca, sigue mereciendo la pena. Con mayor razón ahora, en la medida en que los gobiernos nacionales se han ensimismado para atender las urgencias del corto plazo.

Cuarto

La presencia de México en Sudamérica es ambigua, para decir lo menos. De un lado es claro el aprecio que se siente por nuestro país y el afecto popular que despierta su música, sus tradiciones, su acervo histórico, su cultura. En más de un sentido lo mexicano es motivo de admiración. Pero, de otro lado, hay un sentimiento de lejanía que nos convierte en algo distinto: si con respecto al Brasil la distancia está en el idioma, el problema con México reside en la geografía. Pero añadido de in-

mediato que no se trata sólo de un dato geográfico, sino de una sensación compartida: México es parte de Latinoamérica, pero está demasiado lejos de Sudamérica y demasiado cerca de los Estados Unidos.

A esa perspectiva hacia México ha contribuido la política económica adoptada en los últimos años. Se percibe el respeto y hasta la admiración por los logros mexicanos en el control de la crisis y en la estrategia que hará posible la vuelta al crecimiento, pero es también notoria la opinión de que el camino seguido por México no es aplicable a Sudamérica. Parte del éxito mexicano se atribuye, repito, a su posición en el mapa y no es difícil encontrar opiniones que lo reprochan, acusándonos de marcar rumbos imposibles para el resto del continente. «México —se dice— es otra cosa». Y, sin embargo, nosotros sabemos que, siéndolo, no lo es.

Quinto

Junto a esa admiración, que es siempre alentadora, aunque en cierto modo sea motivo de lejanía, está la desinformación sobre otros aspectos de nuestro país que, paradójicamente, nos acercan a la identidad sudamericana. Las cuestiones electorales y los fenómenos de corrupción, sobre todo, reflejan la parte desagradable de México, en la medida en que se tiende a generalizar lo parcial. Ambos temas, para mucha gente de los países que recorrí, representan parte del temperamento latino de los mexicanos, que está al margen de su ventajosa posición geográfica.

Las exageraciones de la prensa propician, sin embargo, opiniones políticas inconvenientes sobre el país, al lado de la positiva imagen que se tiene sobre el manejo económico. En ningún caso encontré, por ejemplo, una versión acertada sobre el papel de los partidos políticos en

la vida mexicana. Es evidente que han pesado más las noticias difundidas por las agencias internacionales que la información atinada. Y esa visión de lo mexicano, naturalmente, nubla el conjunto.

Sexto

Estoy seguro, por último, de que podrían tenderse más puentes hacia Sudamérica, con gran provecho para México. Pienso, sobre todo, en las áreas culturales que serían bienvenidas en casi todos los países visitados y que podrían servir como punta de lanza para el establecimiento de otros vínculos provechosos. La sensación de lejanía de México existe, en parte, por nuestro descuido. Con un costo menor podían revitalizarse viejos lazos culturales, a sabiendas de que México es, en esa materia, mucho más influyente que cualquier otro país.

Bien aprovechado, ese patrimonio podría convertirse en otro tipo de influencia, tomando en cuenta que el proceso de apertura es de alcance continental y que, detrás del prestigio intelectual mexicano, pueden propiciarse otros campos de acción. Recuerdo, en ese sentido, la política exterior seguida por Francia, que le otorga un papel esencial a la promoción y difusión cultural como un cauce seguro para ganar presencia en el mundo. En consecuencia, lo que México puede hacer en esos países es muy importante. No sería inútil definir una política específica y bien concertada en ese campo. Seguramente arrojaría resultados de provecho en un plazo corto pero, sobre todo, abonaría y sembraría terrenos para un futuro no tan lejano, pensando en la posibilidad de extender la acción mexicana hacia los pueblos que nos conocen y nos respetan y de los que, querámoslo o no, formamos parte.

CUADERNOS DE ALZATE

